

# Don Quijote de la Mancha

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

AÑO II

Núm. 55

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN  
(PAGO ADELANTADO)

En la capital al mes..... 1 peseta  
Fuera de la capital trim. stre..... 3 pesetas

DIRECTOR-PROPIETARIO

D. ENRIQUE BERNABEU Y NOVALVOS

Ciudad-Real 7 de Enero de 1908.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALATRAYA, 19

SE PUBLICA

LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

## GRAVE CONFLICTO en las Minas del Horcajo.

Muy en breve se paralizarán definitivamente las obras de extracción de mineral en este importante criadero.

Mil quinientos operarios con sus familias quedan desde ese día sin pan ni medios para ganarlo, pues sabido es de todos que en la población formada en derredor de las minas no tiene más industria ni más comercio que los ancijos a la explotación de mineral.

La sociedad propietaria de las minas tiene ya acordado el abandono de ellas por varias causas, que son: baja de la plata en los mercados europeos, próximo agotamiento del filón tanto tiempo explotado é inmensos gastos que ocasionan, por un lado la conducción del mineral y por otro la extracción continua del agua que invade por momentos la mina.

Cuarenta toneladas diarias de carbón consume la máquina que hace funcionar la gran bomba que extrae el agua que se forma dentro de los pozos y que mana prodigiosamente. Dichas cuarenta toneladas suponen un gasto de 1.400 pesetas por día.

Es una verdadera lástima que además del perjuicio que trae á cientos de personas el abandono de los trabajos, que les supone la pérdida del pan de cada día, la labor de tantos años quede en poquísimo tiempo borbada, destruída por la invasión formidable de las aguas que cubrirán pronto en cuanto deje de funcionar la bomba las inmensas profundidades de las minas.

La primera autoridad de esta provincia y el ministro de la Gobernación deben inmediatamente adoptar medidas que salven y eviten la total ruina de la población del Horcajo.

El problema se presenta amenazador y pavoroso.

Cientos de familias en pleno invierno, cuando las necesidades son mayores y más numerosas, el día que se abandonen los trabajos quedarán sumidas en la miseria más horrible, y por tanto en la desesperación que trae consigo el hambre, capaz de ocasionar conflictos de suma gravedad y trascendencia.

Con mayor detenimiento y co-

pin de datos nos ocuparemos de este asunto que entraña una crisis la más difícil de resolver y la más triste ocurrida en la Mancha.

## NOTA COMICA

Política y taurinomaquia.

Una estupenda noticia nos ofrecen los diarios: don Luis Mazzavini dice que quiere seguir matando y rechaza las ofertas de amigos y partidarios que por el Puerto han querido presentarle diputado. Dice que dijo el maestro: —Yo, francamente, declaro, que me falta cualidades y dotes para ese cargo, además, soy un torero, y no está bien que faltando á la tradición, procure yo sentarme en los escaños; mi sitio está en el estribo de la barrera. Está claro que es modesto Mazzavini y por serlo yo le sabo, más no juzgo incompatible, como él, matar toros bravos y hacer leyes en las Cortes... todo es matar alternando!

No es un gran banderillero el batallador don Paco; hay quien tenga más muleta que don Práxedes; pienso que conoce otro más duro que el Necedad; pues canario! ¿por qué usted no se decide y se acobarda? Ya estamos hechos á que nos torcea y ve que somos muy mansos. No se corte la coleta y hágase usted diputado.... que tan poco se la cortan otros que lo han anacuetado, y en el toro político son más viejos que Medrano.

## LA PARABOLA DEL LEPROSO

Resplandecían las lejanas montañas envueltas en la polvareda de oro del sol de Nizán. Largas caravanas de camellos se perfilaban lentamente en los arenales. Grupos de mujeres, con el áfara al hombro, regresaban, cantando, de las cisternas. Un águila negra, una de esas voraces águilas que anidan en los altos promontorios de Judea, cerniéndose majestuosa en el azul, proyectaba sombras móviles sobre la tierra.

Jesús, en compañía de tres de sus discípulos, iba á Bethlehém, llamado por una pobre viuda cuyo único hijo agonizaba invocando febrilmente el nombre de aquel dulce Rabí de Galilea, tan amigo de los niños, á quien viera una tarde, junto al brocal del pozo de Jacob, curar con el solo bálsamo de sus palabras, á un viejo pastor de las Iudueas mordido en el brazo por una serpiente venenosa.

Hablaba de la caridad. Sus ojos ardían como soles entre la sombra oscura de las pestañas. Sobre su túnica blanca con franjas blancas, flotaban, desmelenados, los cabellos. El viento de la tarde hacía estremecer y ondular sobre

el pelo su larga barba de nazareno, puntigrada y acaracolada.

—Se generoso— decía—; pero no humillos al desvalido con tu generosidad. Cuando des limosna, no mandes tocar delante de tí trompetas de plata, como hacen los hipócritas en las Sinagogas y en las plazas. Socorre en secreto. Aquel que oye y ve en secreto, te recompensará.

Su voz era lenta y suave. Las mujeres se paraban para oírle, mirándole con los ojos húmedos de ternura. Los niños acudían, sonrientes, á besar las orlas de su manto. Desde los sembrados próximos, los labradores le saludaban, agitando los brazos:

—Se están cumpliendo las profecías del Señor! El Hijo de David, el enviado del Señor! Hosanna! Hosanna!

Jesús continuaba: —No seas como esos ricos licenciosos y avaros que alimentan á sus siervos con la sobra de sus festines. Sienta los desheredados á la mesa de tu corazón y parte con ellos tu pan y tu vino. Si ves á tu hermano llorar no intentes consolarlo con prudentes palabras... Lloro con él. Esta es la verdadera caridad.

Caminaba lentamente. Bandadas de cigüeñas chispeaban al sol como flechas de oro. Los rebuños se mecían á la sombra de los olivos polvorientos. Un pastor tañía un rabel, á compás de una monótona canción patriarcal, en la que se hablaba de tiendas plantadas en mitad del desierto, noches de luna, maná del cielo, leche de camelias, y vírgenes prudentes que encienden sus lámparas para esperar la llegada del esposo prometido.

Atravesaron campos sombreados, viñedos en flor donde las tórtolas gemían, jardines abiertos de lirios.

De pronto se detuvieron á orillas de una fuente que brotaba, en un hilo trémulo y quejumbroso, entre la hendidura de dos rocas.

En el recuerdo del camino al pie de una cheza cubierta de hojas secas de palma, un leproso, desgarradas las vestiduras, inmóvil y de rodillas, aullaba lastimeramente con las manos y los ojos elevados al cielo. Su rostro relucía al sol como un bronce antiguo carcomido por la herrumbre. La frente era una sola llaga. Los labios se caían á pedazos, lívidos y purulentos...

Mateo «el Publicano», uno de los primeros discípulos, que era rico en viñas y en ganados, y tenía además una tienda de perfumes en el atrio del templo, sacó de entre los pliegues de la túnica una moneda, y, desde lejos, volteándola en el aire, se la arrojó al leproso.

Pedro, el más rudo y hábil de los pescadores de Capharnaum, quitóse del brazo el cesto de provisiones que llevaba para el camino, y andando cuidadosamente, le colocó junto al umbral de la cabana.

Juan, el más joven y bello de los discípulos, el predilecto, aquél cuya cabeza de niño había sido tantas veces acariciada por meaus divinas, desprendió-

se del manto de lino que flotaba sobre sus hombros. Todo pálido y trémulo, andando con la punta de las sandalias, y extendiendo temerosamente los brazos, le dejó caer sobre la espalda del leproso.

Sólo faltaba el óbolo de Jesús. El sol empezaba á trasponer, coronando de rosas sangrientas las montañas vecinas. Unos mercaderes se detuvieron á dar agua á sus camellos.

El Rabí avanzó serenamente. Su perfil aguileño se destacaba majestuoso, nimbado por un rayo de sol.

Cogió entre sus manos «sagradas» la cabeza monstruosa del leproso, inclinó la frente, y le besó en los labios.

Los discípulos quedaron inmóviles. Los mercaderes, espantados, cayeron de rodillas, con las manos tendidas al cielo... y hasta los camellos alargarón hacia Jesús sus melanólicas cabezas pensativas, en cuyos bellos temblaba un hilo de agua...

FRANCISCO VILLAESPESA.

## Á UNA DE ESAS...

«Quiéreme poquito á poco,  
Que el amor que da más fuerte  
Es el que muere más pronto.»  
(Cantar Popular.)

I  
No te pido que me quieras  
Con cariño inmenso. Es pronto.  
Apenas si me conoces,  
Apenas si te conozco.  
Dejemos pasar el tiempo  
Y verás, sorriera, cómo  
Tu cariño y el mío  
Se van haciendo más hondos.  
Entre tanto, gitánilla,  
Quiéreme poquito á poco  
Que el amor que da más fuerte  
Es el que muere más pronto.

II  
No te pido que me abrases  
En el fuego de tus ojos,  
Ni te pido que me besen  
Los clavetes amorosos  
De tus labios. No; serrana,  
Eso lo has hecho con otros.  
Eso quisiste con fatigas,  
Eso olvidaste muy pronto.  
Me dices por qué te quiero,  
Si sé que te gustan todos.

III  
¡Al fin... eres una niña,  
Por eso te lo perdono!  
Te quiero porque me duelen  
Que un corazón tan hermoso,  
Y tan joven como el tuyo,  
Tenga que verse en el lodo  
Por falta de una cabeza  
Que lo domine. Te adoro.

IV  
Porque será una victoria,  
Morenita, que yo solo  
Sea el freno que domina  
Tus pasiones. Victorioso  
Ho de salir, no lo dudas,  
Si tú me presta apoyo,  
Y no desoyes mis ruegos,  
Y me obedeces en todo,  
Y no me besan tus labios,  
Y no me miran tus ojos

V  
De una manera que tenga  
Que rendirme á tus entijos  
Y entregarme á tus caricias...

VI  
«Quiéreme poquito á poco,  
Que el amor que da más fuerte  
Es el que muere más pronto.»

.....

.....

.....